

20.
CORAZÓN DE JESÚS
RICO CON TODOS LOS QUE TE INVOCAN

Cor Iesu, dives in omnes qui invocant te

P. Daniel Cima, Sacerdote argentino
Misionero en Italia

Los santos Evangelios nos narran cómo las personas, sobre todos los enfermos y los más necesitados, cuando sabían que Jesús iba a una cierta región o ciudad, iban allí para tener ocasión de ser sanados y consolados por Nuestro Señor (cf. Mc 6,53-56). Bien podemos imaginarnos a Cristo con el corazón visible en su pecho, escuchando con afabilidad a todos aquellos afligidos, curándolos y consolándolos a todos con tanta paciencia y ternura¹.

También cada uno de nosotros tiene tanto que sanar y que obtener de su tierno corazón; pero para ello es bueno que entendamos algunas verdades, que pueden ayudar a acudir a Jesús y obtener aquello de lo que tenemos necesidad.

Dios escucha siempre nuestras plegarias

De ello nos da sobradas pruebas la Biblia: *Invocaré a Dios con toda mi voz, gritaré a Dios, y él me escuchará* (Sl 77,2). Y tenemos tantos ejemplos de cómo Dios siempre escucha las súplicas. Escuchó a Ismael en el desierto, cuando con su madre Agar fue despedido de casa por el patriarca Abraham, y el Señor les envió un Ángel que les socorriera y les prometiera de parte suya que había de hacerles un gran pueblo, y así Dios estuvo con el niño (Gn 21,10-20). Escuchó Dios a Moisés, cuando

¹ Seguimos en el desarrollo de este tema algunas ideas de RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, pp. 333-350.

luchando el pueblo de Israel con los amalecitas triunfaban los hebreos mientras Moisés estaba en oración con las manos levantadas, por lo que fue preciso que Aarón y Hur le sostuvieran los brazos en alto para que pudiera perseverar en la oración hasta la victoria total de su gente. Escuchó Dios al anciano Tobías, en medio de sus muchas penas, como también a Sara, la hija de Ragüel, insultada por las esclavas de su padre. Dice el arcángel San Rafael a Tobías *Cuando orabas tú y tu nuera Sarah yo presentaba ante el Santo vuestras oraciones...* y fueron acogidas favorablemente ante la gloria de Dios las plegarias de Tobit y de Sara (Tb 3,16-17 y 12,12-13). Escuchó Dios al joven Daniel (Dn 9,17-19). Escuchó Yahvé la plegaria que hizo la casta Susana, calumniada por aquellos viejos voluptuosos; escuchó Dios a Esther y Mardoqueo, perseguidos de muerte por el impío Amán; escuchó el Señor a los tres jóvenes que oraban siendo arrojados en el horno ardiente de Babilonia. Todas las oraciones fueron escuchadas por Dios. Es por eso que nos asegura la Escritura: *La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada* (Sir 35,21).

Dios puede concedernos lo que le pidiéremos

¿No es omnipotente? ¿Quién se atreverá a poner límites al poder de Dios? ¿No es Él acaso dueño absoluto y el Señor de todo cuanto existe? De Él son los tesoros del cielo y de la tierra; de Él son las fuerzas de la naturaleza; suyos son los misterios de la gracia; en sus manos divinas están los corazones de los hombres; y todos los ángeles del cielo obedecen fielmente a sus mandatos. Fuera del pecado nada hay que nosotros podamos pedirle al Señor y que Él no nos lo pueda otorgar. Por eso decía desafiante San Bernardo: «Si halláis algo imposible para Dios, desconfiad y buscad otro; pero si no lo halláis, ¿por qué no os arrojáis con viva fe en sus brazos».

Dios nos quiere conceder lo que le pidamos

Él es infinitamente bueno, es generoso, es magnánimo, es nuestro Padre amoroso y está sumamente interesado en nuestro bien y en complacernos de todo cuanto le pidiéramos. Dice la Sagrada Escritura: *¿Quién confió en el Señor que fuese confundido? ¿O quién perseveró en su temor y fue abandonado? ¿O quién le invocó y se sintió defraudado?* (Sir 2,9-12).

¿Por qué no conseguimos siempre cuanto le pedimos?

Ya en su tiempo San Agustín nos enseñaba que por una de estas tres razones es que no siempre alcanzamos lo que pedimos: «*Quia Mali... quia mala... quia male...*». Es decir: Porque somos malos; porque pedimos cosas malas (o que no nos convienen); porque pedimos mal, es decir, sin las condiciones que deben acompañar a una oración bien hecha.

No obtenemos de Dios lo que queremos porque somos malos. Decía Yahvé a los judíos por medio del profeta Isaías: *Cuando alzáis vuestras manos, yo cierro mis ojos; cuando hacéis vuestras muchas plegarias, yo no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpios, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid y entendámonos, dice Yahvé: aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían limpios como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca* (Is 1,15-18).

Por eso el mismo San Pablo dice: *Quiero que los hombres oren en todo lugar, alzando las manos limpias, exentas de todo encono y disensión* (1 Tim 2,8).

No alcanzamos lo que pedimos porque pedimos cosas que no nos convienen. El Apóstol San Juan nos lo confirma: *Tenemos plena confianza de que Dios nos escucha si le pedimos algo conforme a su voluntad. Y sabiendo*

que Él nos escucha en todo lo que le pedimos, sabemos que ya poseemos lo que le hemos pedido (1 Jn 5,14-15). Esto mismo nos lo enseña San Juan Damasceno: «La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes»².

Dice un autor espiritual acerca de esta materia: «El Ángel de la oración con una mano presenta las oraciones de los hombres a Dios, y con otra derrama las bendiciones de Dios sobre la tierra. A cada cual lo que pida si le conviene; pero si no le conviene, otra gracia que Dios ha escogido entre las que le convengan. Orad, pues, y no murmuréis contra Dios. Porque en el día del juicio os podrá confundir con toda la lista de las oraciones que habéis hecho, probándolos cuánto mejores son las gracias que os dio, que las que vosotros pedíais. Vosotros oráis como terrenos y Él os concede como celestial. Vosotros oráis como quien se odia y Él os concede como Padre amantísimo. En fin, vosotros pedís mezquindades, confites, muñecos, tonterías ... y Él os concede como Dios gracias santificante, santidad, predestinación, gloria. Os quejáis de que no os conceda nada. Y ¿qué sabéis lo que Dios os concede o no os concede?»³.

En fin, no obtenemos lo que deseamos porque pedimos mal; rezamos sin atención, sin humildad, sin suficiente confianza y sin perseverancia, cosas todas que deben acompañar siempre todas nuestras oraciones. Entre esas deficiencias quizás la que más impide ser atendidos en la oración es porque nos falta esa humildad perseverante que conmueve el corazón divino y que lo mueve a atender nuestras súplicas. Dice muy hermosamente el Catecismo de la Iglesia Católica: «¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra propia voluntad, o desde *lo más profundo* (Sl 130,1) de un corazón

² SAN JUAN DAMASCENO, *Expositio fidei*, 68 [*De fide orthodoxa* 3, 24].

³ REMIGIO VILARIÑO, *Caminos de vida (Lecturas para Ejercicios)*, Ed. El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1938, vol. III, p. 14.

humilde y contrito? El que se humilla es ensalzado (cf. Lc 18,9-14). La humildad es la base de la oración. *Nosotros no sabemos pedir como conviene* (Ro 8, 26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios (San Agustín, *Sermo* 56, 6, 9)»⁴.

Juntamente a esa humildad perseverante es absolutamente necesaria la fe que nos impulse a abandonarnos confiadamente en el Señor, persuadidos que cuanto Él quiere se cumple. Lo vemos, por ejemplo, en el centurión al cual Jesús elogia por su fe: *Os digo que en nadie en Israel he hallado tanta fe* (Mt 8,11); o en aquella hemorroisa que desde hacía doce años padecía flujo de sangre y que fue sanada instantáneamente al tocarle el orlo del manto de Jesús con una fe y una confianza total: *Hija, ten confianza, tu fe te ha salvado* (Mt 9,22).

De alguna manera nuestra humildad, fe y confianza en el Señor son la medida de aquellas gracias que le solicitamos; de su parte está su voluntad de comunicarnos generosamente cuanto le pidamos, pero no siempre nuestras disposiciones son las mejores. Es como si a cada uno de nosotros le dijese Jesús lo que les dijo a aquellos ciegos que le imploraban ser sanados: *Que suceda como vosotros habéis creído* (cf. Mt 9,27-30).

Acudamos confiadamente al Sagrado Corazón, rico para todos los que lo invocan

Hemos de movernos a reavivar nuestra fe y confianza, hemos de ser humildes y perseverantes en recurrir al Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor sabiendo que es generosísimo con todos aquellos que lo invocan y se refugian en Él. ¿No dijo Él *pedid y se os dará; buscad y hallaréis*;

⁴ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2559.

llamad y se os abrirá, porque el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama se le abrirá (Mt 7,78)?

El Sagrado Corazón de Jesús, parte integrante y principal de la humanidad santísima de Cristo, unido substancialmente al Verbo divino, escucha siempre nuestras plegarias. Y porque así lo creemos, y de ello tenemos plena certeza, a Él acudamos con total confianza en busca de remedio para todos nuestros males, sabiendo que este Corazón divino es rico con cuantos acuden a Él y le suplican.

Si no sabemos bien cómo hacerlo acudamos a María Santísima, para que Ella nos enseña a abrirlo con sus maternales plegarias como lo hizo en las bodas de Caná. Con San Juan Pablo II digamos a María:

«Tú conocías Su Corazón. Sabías que es generoso para aquellos que lo invocan. Con Tu oración en Caná de Galilea hiciste que el Corazón de Jesús se revelase en su generosidad. Este es el Corazón generoso, puesto que en Él habita efectivamente la plenitud»⁵.

Que siempre vivamos, y que tengamos inclusive la gracia de morir, con nuestros labios que una y otra vez repitan la más dulce y consoladora de letanía *¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!*

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus*, (3/8/1986).